

adorando unos la paloma que les anunciaba próximo seguro y otros el pez que los seguía por las aguas. Mas lo cierto es que Babilonia se ha trocado en una especie de cantera donde se proveen los aduares árabes de ladrillos para sus chozas ó para sus sepulcros. Ya no brilla el palacio inmenso parecido á una fortaleza; los canales se han cegado y ni siquiera podéis seguir sus líneas; las piedras de sus muelles han parado á una, ó en las mezquitas de Alá, ó en los hogares donde cualquier beduino enciende la llama de un instante; se han hundido los toros con alas y diademas; se han callado las esfinges que murmuraban con sus labios de pórvido secretos del cielo; en la cúspide altísima donde antes las estrellas descendían, agujereada por todas partes, se congregan ahora los buhos; no hay en tal desolación ni fragmentos de las tiaras que coronaban el Asia; no centellean por aquellos horizontes clarísimos ni relámpagos del genio que sojuzgara tantos mundos; al coro de cantares voluptuosos y de besos ardientes ha sustituido el siniestro ruido que producen con sus quijadas hambrientas las hienas y con sus maullidos siniestros los tigres; la muerte se ha enseñoreado con su silencio y con su soledad de aquellos lugares, y sus colosos, que parecían eternos, á cuyos piés las olas del tiempo iban á estrellarse sin hacerles mella, son

ahora menos que cadáveres, menos que sombras.

Afortunadamente algo dejaron escrito en sus tierras cocidas, en sus mármoles hieráticos, al pie de sus ídolos, en los cilindros de sus templos, en los troncos de sus columnas. Aquellos ladrillos que flotan, como restos de un naufragio, por los Océanos del tiempo, se han prestado á la interrogación de los grandes buzos descendidos á los abismos de las edades y han respondido á sus preguntas. Una escritura de gran dificultad, medio silábica y medio jeroglífica, muy análoga de suyo con la egipcia y con la china, se ha revelado á ojos verdaderamente sabios, de los que, diestros microscopios, saben sorprender en las líneas de un trazo los secretos de un siglo. Y estos hombres, que unos se llaman Nieburh, otros Layard, otros Oppert, han reconstituido la historia de Caldea y de Asiria por completo, sin más que deletrear los signos encontrados en aquellos inmensos ladrillares desprendidos de los viejos y gastados monumentos. Hasta una débil mujer ha desafiado los ardores de aquellos climas y las cóleras de aquellas alimañas para sacudir el polvo de sus ruinas y cerner y entresacar las perlas de sus ideas y de sus recuerdos. Yo he visto los arqueros de Nabucodonosor, con su veste de seda y su sobreveste de tisú, las sandalias ceñidas por cintas y lazos multicolores, su armadura de mil re-

lumbrantes reflejos al cuerpo, su escudo de acero al brazo izquierdo y sus armas de combate al derecho, rizadas las barbas por el modo litúrgico y cubiertos con sus cascos de guerra; pero de tal manera erguidos y vivientes, que iríase de grado á pedirles noticias en la seguridad completa de hallarlos como si aun estuvieran en el cuerpo de guardia. Seis lustros han cambiado la historia caldea como no recuerdo que cambiara ninguna otra historia. El desarrollo de su vida se ha extendido á nuestra vista con claror no usual en tan difíciles investigaciones, y las dinastías de sus reyes hanse completado por maravillosa manera. Y se ha visto por la identidad completa de sus tradiciones propias con las tradiciones peculiares á los demás pueblos asiáticos y aun africanos, cómo les prestara su lenguaje á los judíos, sus teogonías á los egipcios, muchas de sus ideas á los sirios, y á los chinos mismos su escritura cuneiforme y los signos con que trazan los pensamientos de sus almas y los objetos de sus tierras.

Esta renovación de viejas historias ha permitido cambiar por completo la biografía de Semíramis que vamos á trazar. Así como los grandes reveladores de la historia romana en el pasado siglo descubrieron que los tiempos anteriores á los decenviros estaban apoyados en bases deleznales para la

certeza histórica, cual esos cánticos de la vieja poesía épica, los reveladores de la historia caldea y asiria nos han dicho cómo Nino y Semíramis pertenecen á los tiempos legendarios. Con ver solamente que Nino fuera generado por dioses como Belo, y que la historia de Semíramis se correspondía con la historia de varias diosas caldeas, debió bastar para sugerir esta creencia de que la teogonía, y la leyenda, y la simbólica, y la liturgia se apoderaran á una de tal personaje y, revistiéndolo con las cerúneas reverberaciones tomadas en la fantasía universal, hácenlo de todo en todo épico y cuasi hierático. La leyenda es el alba de la historia. Conforme subís en el tiempo, crecen los oráculos, crecen los horóscopos, crece el mago, crece la quiromancia, crece la universal astrología y se considera que todos los seres creados é increados gravitan por su propio peso en torno de un pueblo personificado por un rey, por un sacerdote, por un profeta, por un sabio por una sibila. Pero ¿quieré decir esto que una grande personificación legendaria no represente mejor un pueblo, una edad, una historia, que todas las personas reales? Yo lo creo así. Yo he visto el Cid nuestro crecer desde que la crítica histórica del pasado siglo y de comienzos de éste, crítica muy estrecha, negó su existencia, y crecer dentro de la realidad en armonía y consonancia con todo cuanto

dijeran de él nuestro *Romancero* y nuestro teatro. Pues bien, yo digo ahora que si resulta Semíramis un ideal, y sólo un ideal, formado tarde por los espejismos que la imaginación encuentra en lo pasado cuando lo mira de muy lejos, este ideal corresponde á conceptos cuya realidad metafísica y cuya vida fantaseada servirá más para darnos á conocer un prototipo universal que todos los personajes históricos. En este sentido explica mucho mejor Semíramis Babilonia y la mujer en Babilonia que todos los personajes históricos, pues en esta ecuación de lo real con lo ideal se halla todo lo que hay de permanente, así en el espíritu como en el mundo.

¿Cómo nació esta leyenda cíclica de Semíramis? A no dudarlo nació de una tradición y de una tradición secular. Depositados sus gérmenes en la memoria pública, el espíritu quiso en su desarrollo, la fantasía en sus fulguraciones, torcer esta leyenda en tal ó cual sentido y poblarla de flores ideales más ó menos fantásticas. Naturalmente, tras toda leyenda se resguarda, ó una religión, ó una poesía, á veces indispensables á casta de sacerdotes, otras veces indispensables á familias de pueblos, otras veces indispensables á dinastías de reyes para los fines peculiares y privativos propios. Sobre los imperios antiguos de Babilonia y de Nínive, allá por el siglo quinto de nuestra era, se había levantado

un imperio pérsico y una familia real extraña. Imposible que á las orillas del Tigris y del Éufrates radicase una dominación fuerte, si esta dominación robusta no extendía sus raíces desde las bases del Tauro y las costas del Mediterráneo hasta las orillas del golfo pérsico, cuando no se dilataba por un lado hasta los desiertos de Abisinia y por otro lado hasta los desiertos de Mongolia, encerrando el Indo y el Oxo en sus senos inconmensurables. La dominación persa que, á principios del siglo quinto anterior á nuestra cristiana era, se había de todos este gran territorio apoderado, necesitaba títulos en el tiempo y en la tradición para cohonestar su imperio sobre tantas razas y tantos espacios. En pueblos asiáticos, de temperamento nervioso, de complexión exaltada, fáciles á todas las impresiones, movibles y ondulantes, nada podía en el mundo atraerles hacia la religión de una dinastía conquistadora como que tal dinastía se subiese, allá en los siglos, á unir sus ramas frondosas con las frondosísimas de otros príncipes legendarios, conquistadores de las tierras por ellos poseídas y después transmisores fieles, bien por transmisiones directas, bien por transmisiones milagrosas, de su vasto vínculo á lo porvenir. Así nació, según los doctores principales de la historia caldea, esta leyenda misteriosísima de Nino y de Semíramis.

Pero es el caso que la reina caldea vive así en Occidente como en Oriente y pertenece á las literaturas nuestras, representando el arquetipo de las ambiciones femeniles. ¿Cómo ha pasado hasta nosotros? Muy fácilmente. Los griegos no se contentaban de ningún modo con rechazar á los persas y á los medas en Marathon, Platea y Salamina. Su audacia y su heroísmo llegaron al extremo de buscarlos en el inmenso imperio donde vivían y arremeter con ellos. De aquí aquella expedición suya con la maravillosa retirada por Jenofonte referida, la retirada de los diez mil, permanece todavía hoy en la memoria humana. Entre los griegos que acompañaban á Jenofonte, veíase aquel médico Aesias, descendiente de Asclepiades y nacido en el Asia Menor, á quien sus compatriotas diputaron como plenipotenciario para que allá en la corte de Susa moviese con la doble autoridad de su palabra y de su ciencia el ánimo de Artagerjes á una paz honrosa. Herido el tirano en una de tantas batallas como debió sostener, halló alivio á sus dolores en profesor tan experto, y no quiso, ya curado, separar de su palacio á quien le acorriera con su saber providísimo, retenéndole como acostumbraban estos déspotas hacer con todos cuantos les placían y colmándolo de honores y riquezas. Allí hizo lo mismo que habían hecho todos los sabios griegos,

Herodoto respecto del Egipto, Pitágoras respecto del Asia Menor y de Sicilia, enterarse con cuidado atentísimo de todo lo que sucedía en derredor suyo y transmitirlo á sus compatriotas para que lo supiesen y lo aprovecharen. Naturalmente, Artagerjes, mantenedor del imperio fundado por Ciro y por Dario, extendía su autoridad inmensa desde las puertas orientales del Mediterráneo hasta las bocas del Indo, y había menester para disciplinar y regir pueblos tan diversos como los asirios, como los turanios, como los semitas, como los negros, como ciertas razas amarillas mismas, reunirlos á todos en una tradición común que subiese hasta sus apartados orígenes y les diera una histórica universal religión, si no en dogmas teológicos, en gloriosos é inextinguibles recuerdos.

Extender á los tiempos pasados la dominación común sobre tantas gentes y tantas razas para perdurarla en los siglos por venir: he ahí lo que hicieron aquellos reyes persas con Nino y con Semíramis, cuyos nombres guardaba indudablemente la memoria popular merced á una tradición derivada de misteriosas edades, más ó menos poéticas, más ó menos legendarias. Siguiendo el mismo método, ya conocido en los retratos anteriores, veamos la escena donde Semíramis representa su extraordinario papel y cumple su providencialísimo y peculiar

ministerio. En la mar llamada pérsica, cerca del estrecho conocido bajo el nombre de Ormuz, dilatánse riberas planas y cenicientas con colores de horno, cortadas por dunas sombrías cuyos picos blancos, levantándose sobre cenicientas sombras, sugieren melancólica tristeza, pues nadie diría que tras aquel telón se oculta Caldea con sus palmeras, las cuales forman inacabables galerías de columnas rematadas por cogollos verdes que resaltan en el cielo azul y ceñidas por dátiles de ámbar, maravillosos vegetales con cuyas raíces puédenlo arraigar las moreras de claro verdor, los granados de purpúreas flores, los almendros de ricas frutas, regados todos por aquellas aguas tranquilas donde rebotan los resplandores del día y donde duermen los búfalos negros junto á los blanquísimos cisnes que gallardean en todas direcciones entre guirnaldas de flores, tan hermosas á la vista como suaves al olfato, y entre coros de aves que pueblan los aires ambientes de armonías y los oídos humanos de verdaderos hechizos. En tierras así nacen gramíneas en abundancia, y estas gramíneas varias producen harinas con las cuales se amasa un pan parecido por los ingredientes múltiples que lo componen á las muchas familias de pueblos que componen aquel imperio. Ezequiel nos ha guardado en sus maravillosas visiones el concepto que le merecía este pan, forma-

do de mijo, cebada, lentejas, habas, trigo, como de curdos, negros, amarillos, arios, semitas, iranos, mongoles, tártaros y sirios estaba compuesto aquel pueblo. Naturalmente, bajo tal cielo, sobre aquella tierra, los vegetales, desde los cedros y los cipreses hasta los limoneros; las aves, desde los canoros ruiseñores hasta los mirlos rosa; los cuadrúpedos, desde los leones hasta los antílopes, y las cabras, las ovejas, debían crecer en grande número, formando la tierra, la planta, la fauna, el hombre, como una sola familia, sostenida entre la luz y el agua, creadoras y fecundísimas.

Nino descendía de Belo, porque todos estos grandes reyes deben descender de viejos dioses. Y Nino fué sin duda el primero en constituir aquel gigantesco imperio de Asiria. Nacido y criado para los combates, como digno de Belo, dios de la guerra, propúsose adiestrar en ejercicios guerreros todos cuantos jóvenes hubiese á mano, conducirlos al combate y recabar con su auxilio y con su esfuerzo las indispensables conquistas. El territorio caldeo-asirio no formaba entonces el país compacto que más tarde, ni tenía la unidad superior de cuyo seno surgiera el inmenso imperio. Por consiguiente, para su obra hubo menester Nino de auxiliares, de alianzas, de combinaciones varias, y firmando pactos y recogiendo reclutas en Arabia por medio de sus di-

versos reyecillos, domó poco á poco á caldeos, á medos, á mongoles, á indios, á sirios, á fenicios, á frigios, hasta llegar por el Ponto Eurino al seno de nuestra Europa. Sólo un afecto podía retenerlo dentro de su hogar, en el seno de una vida ordinaria, entre las costumbres vulgares: el amor de una mujer que le ofreciese compensaciones á su ambición desapoderada y á su inquietud extrema en los placeres y en los esparcimientos de la familia. Mas si esta mujer era Semíramis, una grande ambición sumándose á otra grande ambición, la guerra junta con la guerra, no había otro remedio sino extenderse y dilatarse cada vez más en bélicas empresas que diesen por resultado la conquista universal. Semíramis, unida con Nino, lejos de moderarle y atraerle al goce tranquilo de lo que había en sus empeños alcanzado con tan extraordinario trabajo, mantúvolo en su exaltación guerrera, conduciéndolo sobre su caballo de batalla por las más arriesgadas aventuras al increíble logro de las mayores grandezas y á la saciedad y á la satisfacción de las mayores ambiciones en los más vertiginosos triunfos. No puede, no, decirse, ni apenas creerse, cómo esta mujer, en vez de contrastar el temperamento y alma de Nino con su femenil dulcedumbre, la excitó y sobreexcitó así á una guerra perpetua como á una conquista interminable.

Veamos dónde nació Semíramis. En Siria, tierra por el Mediterráneo bañada, fértil en marinos audaces, donde solían mezclarse á los cálculos más egoístas del comercio los atrevimientos más temerarios del combate. La combinación de calidades contradictorias compone como el fondo natural y sustancialísimo de Siria. Parece que á la franqueza del héroe no puede unirse la doblez del mercader; y, sin embargo, el sirio así ha combatido como ha mercado perpetuamente. Lo mismo sabía él de trampas y disimulos en el consejo que de arrestos y sacrificios en el combate. Colocado entre las cordilleras del altísimo Líbano y las ondas del celeste Mediterráneo, participa también del montañés y del marino. Su hacha derriba el ciprés y el cedro desde los altos riscos para bajarlos á las hondas aguas, y allí hacerlos naves que vuelen como pájaros acuáticos en todas direcciones, cargadas con riquezas que se dirían venidas de misteriosísimos y fabulosos pueblos, según la reserva con que guardaban el secreto de su origen y la dirección de su proveniencia. Podrán las fábulas haber inventado el prototipo de Semíramis en sus mentirosos ensueños; pero no puede, no, dudarse que guarda en el tiempo y en el espacio los caracteres nativos impresos por el Creador á su tierra y á su raza. Ella disimulará como el sirio, mentirá como el sirio, en-

gañará como el sirio, calculará como el sirio, precaverá como el sirio, para levantarse con su doblez de serpiente un día y pelear airada como los héroes mayores hayan podido pelear en el mundo, y constituir luégo, tras tan porfiados combates y tan gloriosas conquistas, un imperio militar inmenso adscrito al fin útil de vigilar un mercado en el cual se descarguen de todas sus mercancías las caravanas del desierto y las escuadras del mar. He ahí el verdadero prototipo representado en el mundo por la figura casi real ó casi legendaria de Semíramis.

Ascalón se llamaba la ciudad en que naciera Semíramis. Este Ascalón tenía un templo consagrado á la diosa Derceto, y esta diosa Derceto un cuerpo con cola de pez y cabeza de mujer. En todos los pueblos de mar existe un culto instintivo á los genios marinos, y todos los genios marinos toman formas ó atributos de peces. No hay sino recordar los tritones que levantan nubes de blancas espumas tirando en los mares griegos del carro de Neptuno; las nereidas y sirenas que atraen, escondidas en los escollos, con sus dulces voces tan melodiosas como las brisas y las ondas, al navegante; los centauros y demás dioses de las aguas, para convencerse de cómo en las orillas armoniosas y placenteras se adora esa comunicación del mar con la tierra y con el hombre, simbolizada por monstruos medio ma-

rinós y medio humanos. Así no es mucho que á la puerta del templo, en el último de los escalones puestos al pie de su vestíbulo, hubiese un estanque donde se prestara culto al animal que puebla las aguas, al mudo y móvil pez. La diosa Derceto levantábase airosísima sobre un altar cargado de ofrendas y servido por jóvenes solícitos sacerdotes. Encastillada en su divinidad, y olvidando un tanto que hay también jerarquías y estirpes en el cielo, adoleció de soberbia é ingratitud imperdonables siempre á los dioses menores en el concepto y en el sentir de los supremos dioses. Afrodites, que debía ejercer un dominio eminente sobre Derceto, irritóse con ella por su orgullo y quiso castigarla cruelmente. A este fin le sugirió lo que más podía perderla, un amor profano por un joven sacerdote, amor en que se mezclaban dos crímenes aborrecibles á todo el mundo antiguo, el crimen de un descenso desde las clases superiores á una clase inferior, y el crimen de un ayuntamiento sacrilego. Bajar una diosa desde su cielo y desde sus aras al tálamo de un mortal resultaba en los conceptos morales antiguos un verdadero atentado á la propia divinidad.

Pero ¿qué hacer? El ara ciertamente debía parecer á los ojos del sacerdote un límite infranqueable para subir, y á los ojos de la diosa un límite in-

franqueable para bajar hasta las efusiones y confusiones del amor. Los goces amorosos necesitan para su completa felicidad de una paz profunda en la cual no se levanten obstáculos, y de una seguridad que les traiga la esperanza continua de duración perpetua. Para esto, en verdad, no tienen bastante con las inclinaciones solas y con el mutuo cariño de los enamorados; como nacen y brotan en una sociedad, necesitan guardar lo que todos hemos convenido en decir consideraciones sociales. De aquí la palabra bien gráfica, usada en todas las lenguas, y que denomina los amores sancionados por la sociedad amores legítimos. Pues no digamos nada de los amores en el seno de una religión brotados y guarecidos á la sombra de un templo. En éstos al mundo el cielo se une. Felices y legítimos no hay amores semejantes, porque todo lo que tienen de divinos los hace perdurables y eternos. Pero, desgraciados, truecan la vida en tormento y el mundo en infierno. La diosa Derceto, á pesar de su divinidad, como tenía mucho de animal, tenía mucho de humana. Y si por su divinidad se podía sobreponer y exentar á las comunes leyes naturales y reirse del amor y de sus exigencias, por mujer, por sirena, estaba sujeta de suyo á todas nuestras pasiones y aun á instintos inferiores á los nuestros. Por consecuencia, nada tan fácil como

caer en los lazos tendidos por un sacerdote joven y hermoso. Amor quiere decir tanto como culto, y culto quiere decir tanto como amor. Quien adora en este mundo hace más, mucho más que amar. Cuando se quiere por nuestra lengua mortal encarcerar á una la pasión que se la profesa, dícese: te idolatro. E idolatría significa devoción á la persona, cuidado por ella, cultivo de todos los afectos que despierta en el pecho, frecuencia de su culto, disipación de la vida en su amor como se disipa la sangre de una víctima, la oración de un labio, la nube de un incensario en el cielo. La idolatría es el culto espiritual y material á un mismo tiempo. Y como es el culto material y espiritual á un mismo tiempo, la idolatría se apega por completo al objeto idolatrado y no puede, ni desasirse de sus brazos, ni apartarse de su sombra, porque la idolatría resulta el amor de todo nuestro sér, la consagración á un objeto solo y único, la vida trocada en culto y disipada en adoracion, la transfusión de alma individual en el alma divina, enrojeciéndose todo cuanto hay de frágil y deleznable dentro de nosotros en todo cuanto hay allá en el sér divino amado de santo y eterno, cual se calienta y enrojece por maravillosa manera hasta llegar á ser fuego el combustible frío arrojado á una voraz llama.

El sacerdote requirió al fin de amores á la diosa.